



CAPÍTULO XIV.

DE LO QUE LE HABÍA SUCEDIDO
Á GABRIEL.

EL pobre niño entró de lleno en una perfecta convalecencia; y como si los pasados sacudimientos de la materia hubiesen influído en exaltar más el espíritu, Gabriel sentía en sí mismo una nueva lucidez y un vigor de imaginación poderosísimos.

Recorría en su memoria, con admirable precisión, todos los detalles de sus tormentos, sin olvidar ninguna circunstancia, sin

dejar de apreciar, con un juicio extraño á su edad, el mas insignificante de los pormenores de su plagio.

Estas impresiones debieron influir de una manera decisiva en el sér moral de Gabriel, pues á partir de aquel momento, él mismo conocía que al renacer á la vida, no había hecho otra cosa que atesorar recursos de fuerza y de vigor, para saber soportar en lo sucesivo las vicisitudes de su vida, que á juzgar por lo acaecido hasta allí, no parecía presentarse bajo aspecto demasiado risueño.

El mismo Gabriel, algunos años después, ha dado al autor de este libro los mas exactos y preciosos apuntes, de los que hoy ofrecemos una parte á nuestros amables lectores.

El hombre, este sér modificable por excelencia, debe, lo que mas tarde llama su carácter, al conjunto de circunstancias que lo rodearon durante la época de su desarrollo y crecimiento.

Por eso el foco de las grandes maldades está en las grandes ciudades; el refinamien-

to de la civilización produce engendros monstruosos, capaces de todos los refinamientos: el malvado de la ciudad, el que se corrompe en los palacios y los jardines, es el malvado de peor especie, el mas incorregible y el mas sustancialmente depravado.

Por el contrario, las vicisitudes tempranas, sufridas en mas amplios escenarios que las ciudades, imprimen al hombre cierto carácter de firmeza que lo hace superior.

Gabriel empezaba á ser dueño de esa suma de valor y resistencia que podría emplear mas tarde en su lucha contra la adversidad.

Sentía no sabemos qué extraña satisfacción al contemplarse vivo, después de los brutales tratamientos que había sufrido; luchaba por inquirir, con una persistencia indomables, el por qué de aquellas suspensiones de vida, en las cuales había sentido irse perdiendo hasta sus propios dolores; hubiera querido que algún espíritu morador de la región de lo desconocido, le revelase ahora, en el pleno goce de sus facultades, el lugar

en donde el alma de Gabriel se había hospedado, mientras su cuerpo, ya cercano al sepulcro, sufría los tormentos de su desorganización.

¿Qué había hecho él mismo para no sufrir, y cómo había vuelto á la vida, qué misterio era aquél, qué alternativa que lo asombraba, qué fenómeno que no podía explicarse?

Generalmente el que se ha visto, por algún accidente, privado de sentido, se conforma pasivamente y sin esfuerzo, con esa extraña suspensión de vida; bastándole sentir que sobrevive.

Pero Gabriel no se conformaba, y su atención se concentraba muchas veces, pensando en aquel tránsito misterioso.

—He de averiguarlo, decía: cuando estudie, cuando aprenda lo que debe saber un hombre, preguntaré á la ciencia lo que hice durante esas pausas de sopor y de muerte; sabré por qué he vuelvo á vivir, y puede ser que llegue á explicarme lo que es la muerte.

Recordamos haber dejado á Gabriel en-

tregado á su carcelera, quien á pesar de las instrucciones feroces de Gómez, sentía, sin poderlo remediar, cierta inclinación secreta hacia aquel niño que había visto moribundo.

Pero no obstante esta inclinación, Gabriel no lograba sacar ningún partido de aquella mujer, ni alcanzaba siquiera á poner en claro alguna de las circunstancias que ignoraba.

Llegó el día en que debía Gómez volver por él para emprender la marcha, y la idea de cambiar de lugar, de ver el campo, de extender su vista por espaciosos horizontes, le infundía una alegría que no podía disimular.

Se despidió muchas veces de su carcelera, y la hizo ofrecimientos con la esperanza de llegar á cumplirlos alguna vez; porque la esperanza era en Gabriel una nueva fuerza, y nacía de su alma como el aroma de una flor; ya en aquellos momentos se creía dueño de sí mismo y capaz de todo: no le espantaba la idea de estar en poder de un bandido, se consideraba capaz de todo, y

estaba dispuesto á arrostrar de nuevo todos los tormentos á que quisieran sujetarlo.

Pasaron los días, y pasó aquél en que debía salir Gabriel de su prisión, y nadie parecía.

Esta primera contrariedad no le desanimó, sino que por el contrario, lo indujo á cambiar de plan con respecto á su deseo de salvarse.

En vez de entregarse al sueño tranquilamente como lo había hecho las noches anteriores, oyó cerrar su puerta y alejarse los pasos de su carcelera. Sabía bien que su primer enemigo iba á ser la oscuridad en que estaba sumergido, pues la mujer no le había dejado medio alguno de proporcionarse luz.

No obstante, tan luego como se cercioró de que lo habían dejado solo, se incorporó en su cama y comenzó á vestirse; y aunque hasta entonces no había pensado en forzar las cerraduras de su prisión, ni en burlar la vigilancia de su carcelera, supuesto que tenía la seguridad de ser en breve conducido á otro lugar; conocía no obstante las par-

ticularidades de su habitación, lo bastante para recorrerla con alguna confianza.

Después de inútiles tentativas, se convenció de que no era posible forzar la puerta, y la ventanilla que daba luz á aquella habitación, estaba muy alta.

Aplazó con estoica calma sus tentativas para el día siguiente, y volvió al lecho; sólo que entonces el sueño había ya huído completamente, como para dejarlo abandonado á sus meditaciones.

Estas, desde que cayó en poder de los bandidos, habían empezado incesantemente por hacerse estas preguntas.

—¿Qué será de mi padre? tal vez él no haya podido resistir, como yo, á los brutales tratamientos; acaso él no se haya salvado. ¡Ah! si hubiera muerto para mí.... Pero nó, yo tengo en el alma no sé qué aviso secreto que me dice que vive ¿ni cómo podría ser justo que recogiera la muerte en pago de su adorable sacrificio?... él no ha hecho más que bienes; Dios no le ha de haber castigado.... yo lo encontraré, lo bus-

caré por todo el mundo hasta encontrarlo; y yo seré quien después de hacerlo feliz por mucho tiempo con mi cariño, cerraré sus ojos; sí, yo no me separaré de su lado, aún cuando alguna vez llegara yo á saber quién es mi padre, aun cuando mi padre mismo me reclamase: por eso también el herrero es mi padre, aquel pobre herrero que me recogió....

Gabriel lanzó un profundo suspiro.

Acababa de recordar la manera con que supo un día que aquel herrero no era su padre.

Hé aquí la historia tal como pasaba por su mente en aquellos momentos.

—¡Qué feliz era yo al lado de aquellos dos seres queridos, ellos me dieron sus caricias, ellos me enseñaron á pronunciar el nombre de Dios, á ellos debo la vida.... ¿Qué más necesita uno que creer en la felicidad, aun cuando ésta no sea cierta? yo hubiera podido ser feliz toda mi vida ¡ojalá nunca hubiera descornado el velo que rasgaron tan cruelmente, para hacerme palpar mi triste origen!

¡Qué terrible fué aquel día y cómo se ha grabado en mi memoria!

De la misma manera que Gabriel había procurado inquirir lo que había pasado por él en los momentos en que se sintió perderse en una profundidad desconocida, así procuraba penetrar en la historia de su pasado, complaciéndose en recordar todas las peripecias por las que lo había obligado á atravesar una suerte adversa.

Gabriel, ya sea en virtud de la nueva excitación de su espíritu, ó ya porque la vida del hombre está marcada por jornadas, para que al fin de cada una, recordemos la que dejamos atrás, Gabriel, decíamos, se sentía inclinado á hacer una recapitulación de su pasado, para fijarlo en su memoria como si alguna vez hubiera de verse obligado á escribir un libro.

Alejándose lo mas que pudo de su presente, venía á su mente como su primer recuerdo, una riña entre el herrero y su mujer.

—Entonces creía yo que eran mis padres, dijo.

Era media noche: los ojos de aquella mujer chispeaban más que los del gato de la herrería, cuando velaba en el tejado. Después he sabido que los ojos se ponen así con el aguardiente: aquella mujer estaba como loca.

Yo había despertado al sentir que me faltaba el calor de mi padre, y lo primero que ví fué á la mujer en medio de la pieza, gritando furiosa.

Aún recuerdo vagamente que mi padre la obligaba á guardar silencio, para que no me despertase.

Varias noches se repitieron estas escenas, que al principio no comprendía; pero una noche, por fin, me apercibí de que se trataba de mí: no alcanzaba yo la razón de ser el objeto de aquellas reyertas, y vacilaba entre si debía preguntarla ó debía guardar reserva.

Estas vacilaciones fueron mis primeras tristezas.

La mujer del herrero había abandonado el lecho y volvió á ponerse de pié, haciendo brillar sus pequeños ojos.

—¡No puedo soportar más! decía aquella mujer, porque nadie me quita de la cabeza, que todo ese cariño que le tienes á la criatura, no es por nada bueno.

—¡Cállate mujer! le decía el herrero, en todo caso no hagas participar al inocente de las consecuencias de faltas que no ha cometido; ¿qué razón hay para que lo despiertes, acaso sabe él mismo otra cosa sino que tú y yo somos sus padres? dejémosle en ese error, al menos mientras no sea necesario darle ese mal rato.

—¡Eso es! no lo dije, todo para el niño, todo para tu hijito que ha venido á quitarles á los míos hasta tus caricias. Decididamente aquí hay algo, algo muy gordo que me ocultas, y lo que es á mí no me la das, que de algo me ha de servir el mundo que tengo.

—Ya hemos hablado muchas veces del mismo asunto y veo con pena, que se ha convertido ya en manía por tu parte armar una camorra diaria, con pretexto del niño; te obstinas en no palpar las cosas, y en no

hacer caso de mis palabras, ya se vé, esto tiene una explicación.

—¿Cuál?

—¿No la sabes? la única explicación que tienen todas tus extravagancias.

—La misma te pego; ya me vas á salir con que no estoy en mi juicio.

—Y tengo razón en ello, porque desde el momento en que no sé qué loca puso á mis piés á este niño aquella noche, no has cesado de provocarme; ya creyéndome infiel ó ya acusándome de despreciarte. No han bastado mis protestas, y cuando ya no has podido resistir á la evidencia, has recurrido al estúpido recurso de trastornar tu cerebro.

—¿Quiere decir que estoy borracha? dijo la mujer dejando rebosar la ira en su semblante.

—No digo tanto.

—¡Mira hasta qué grado llegas! esto no se puede tolerar, es preciso que fijemos lo que somos, y si hemos de tener guerra en la casa, sea la de nuestros hijos, y no la de un

advenedizo, que sabe Dios los delitos que tendrá que pagar el inocente.

—Eso has de ver para compadecerte de su situación y no agraviarlo como lo haces, preparándole un golpe doloroso.

—¿Doloroso? qué sabe el muchacho de estas cosas, lo que sabe es dejarse querer y ponerse en medio para obligarnos á reñir eternamente, pero estoy resuelta á que esto termine.

—¡Mujer! gritó el herrero, viendo que pretendía tocarme.

—¡Déjame! voy á decirle á este muchacho lo que le estás ocultando hace mucho tiempo.

—No lo permitiré.

—Lo permitas ó nó, he de decírselo en descargo de mi conciencia.

—Te digo que no lo harás.

—¡No me violentes!

—¡Retírate!

—¡No quiero! es necesario que este muchacho despierte, para que oiga la verdad. La verdad la había oído ya Gabriel.

—¡Te lo prohibo!

—¿Prohibirme á mí? pues no faltaba más, ¿quién eres tú para hacerme prohibiciones?

—¡Tu marido!

—¡Marido infiel!

—No hago más que compadecerme de la desgracia de un inocente.

—Y quererlo más que á mis hijos.

—Eso no es cierto.

—Lo veo, lo vé todo el mundo; este muchacho es el único que parece tu hijo, hasta en lo hipócrita.

—¡Mujer, no me exasperes!

—Ni tú te opongas á que yo haga justicia.

Y arrojándose sobre el niño aquella mujer, lanzó una terrible intejcción en el colmo de la ira.

El herrero no pudo andar tan listo que impidiera el caso y algunos momentos después, el niño, medio desnudo y medio despierto, abría los ojos sorprendido y temblando ante aquella mujer que se obstinaba en descargar toda su saña contra el inocente.

Gabriel no pudo ó no quiso dar todo el peso á su situación, ni alcanzaba á comprender otra cosa, sino que aquella mujer inventaba, en su inusitada reprimenda, todo aquello que pudiera ser más doloroso y cruel de oírse.

Pero como quiera que estas escenas se repetían con frecuencia, apesar de todas las promesas que en su cabal juicio hacía la mujer del herrero todas las mañanas, Gabriel acabó por convencerse de que efectivamente aquellos dos seres, no eran sus padres, y que de día en día su posición en aquella casa, se hacía mas embarazosa.

Por entonces apareció una mañana en el pueblo, la compañía de maromeros, y Gabriel, amigo ya del payaso, pensó que haría un bien muy grande al herrero, con proporcionarle la ocasión de ponerse en paz con su muger.

Gabriel estaba absorto en estos recuerdos que habían cruzado rápidamente por su mente, y pasando alternativamente de la imagen de un padre desconocido, al recuer-

do de la del herrero y á la de D. Santiago, se perdió aquel niño en el mar de sus cavilaciones, de donde pasó á esa región de sombras y reposo que se llama sueño.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

ÍNDICE.

	Páginas
CAPÍTULO I.—Los amores de Castaños . . .	7
CAPÍTULO II.—El careo	23
CAPÍTULO III.—De lo que pasó á D. Santiago la noche del asalto.	39
CAPÍTULO IV.—La catástrofe	61
CAPÍTULO V.—De lo que pasó después del careo	75
CAPÍTULO VI.—Historia de unas tortolitas .	93
CAPÍTULO VII.—Continúa la historia de las tortolitas.	113
CAPÍTULO VIII.—La historia de Fernando iba haciendo efecto en Salvador.	131
CAPÍTULO IX.—La salvación de D. Santiago.	143
CAPÍTULO X.—Continúa la historia de las tortolitas.	157
CAPÍTULO XI.—En el cual el lector conocerá el origen de las intimidades de Carlos y Salvador	175
CAPÍTULO XII.—El desaffo,	195
CAPÍTULO XIII.—¡Aquí está José María Gómez!.	215
CAPÍTULO XIV.—De lo que le había sucedido á Gabriel	231

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO